

EUGENIO TRÍAS

THOMAS MANN

BARCELONA 2017



ACANTILADO

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© Herederos de Eugenio Trías
© de la ilustración de la cubierta, by Fred Stein, fredstein.com
© de esta edición, 2017 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-16748-34-1
DEPÓSITO LEGAL: B. 3682-2017

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *marzo de 2017*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

«Yo había visto a Thomas Mann...»

7

INTRODUCCIÓN

II

SIGNOS DE IDENTIDAD

19

MITO Y REALIDAD (EL CICLO «JOSÉ
Y SUS HERMANOS»)

57

EL ESCRITOR Y SU SOMBRA

81

LA RECREACIÓN DEL MUNDO EXTERIOR

95

LA RECREACIÓN DEL MUNDO INTERIOR

125

EPÍLOGO

153

BIBLIOGRAFÍA

157

INTRODUCCIÓN

I

Nunca la escritura sobre lo humano puede ser un conjunto lógicamente articulado de proposiciones en las cuales concluya una investigación supuestamente «objetiva». El principio de neutralidad del saber puede postularse como hipotético ideal del investigador siempre que se sepa ver como principio deontológico, nunca epistemológico. Es una norma prudencial muy respetable y conveniente que surte efectos positivos si se sabe comprender en su nivel justo y apropiado. Si esto no sucede se convierte en salvoconducto de generalidades que no interesan al lector u oyente por la sencilla razón de que no han afectado ni apasionado al escritor o ponente. El principio de neutralidad del saber respecto a lo humano implica que lo humano nos sea ajeno. Hay quienes, con espíritu tenaz, se trasladan a los abrevaderos amazónicos de lo humano para enfrentarse, de este modo, con lo radicalmente ajeno, queriendo por tal rodeo probar y verificar el susodicho aser-

to cientifista. Ni aun así pueden impedir que les salgan las vísceras cuando escriben, aunque sean vísceras de computadora (o de «espíritu humano inconsciente», que viene a ser poco más o menos la misma cosa). Mejor es, de entrada, confesarse humano enfrentado a lo humano, y en consecuencia sometido a todas las complejidades, dificultades y parcialidades inherentes a todo encuentro entre sujetos.

Escribir sobre Thomas Mann es enfrentarse a un ser humano. Y como el que escribe es humano, importa desde el principio—tanto al que inicia aquí el texto, poniendo una palabra detrás de otra, como al que emprende la lectura, consumiendo una línea tras otra línea—tener bien claras las reglas del juego que se emprende, el carácter y la naturaleza de la aventura que se inicia. ¿Sobre quién se está hablando? ¿Quién está hablando? Uso con todo derecho y con toda intención el pronombre *quién*, no en cambio el pronombre *qué*. No voy a hablar de ningún «objeto» en el cual haya investigado durante años de paciencia y trabajo de fichero. No voy, por consiguiente, a ordenar los resultados de un concienzudo trabajo pretendidamente científico «sobre la vida y obra de Thomas Mann». El investigador

y su objeto: acepto que es una posición posible y en ocasiones no desdeñable para conocer y comprender lo que se quiere conocer y comprender. Puede dar lugar a argumentos literarios y a magníficas intrigas novelescas: Henry James puede certificarlo. Nunca la pasión puede ser juzgada, y hay muchas veces pasión de buena ley en la veleidat leguleya por tratar y habérselas con los familiares del difunto Gran Escritor que se está estudiando y por escarbar archivos celosamente guardados por hijos legítimos o bastardos, o por arrancar cartas de las manos de antiguas amantes que hoy son, quizá, nostálgicas y encantadoras viejecitas anónimas, o por atender el tiempo oportuno de la publicación de diarios misteriosos guardados en reserva por los administradores del patrimonio espiritual del escritor. Confesaré ya desde ahora que mi pasión por Thomas Mann tiene otras motivaciones y, por lo mismo, reviste formas de expresión distintas a las descritas.

Pasión no correspondida, en la medida en que el ser humano al que se dirige no está ya, desgraciadamente, entre nosotros. Pero ¿es acaso con él, con el hombre, con Thomas Mann de carne y hueso, con quien he mantenido o he pretendido

mantener, durante años, una determinada—importante, en mi caso—relación de carácter pasional? Pues por supuesto que sí. ¿O no estaba él detrás, siempre detrás, moviendo los hilos de las marionetas, modificando los escenarios, disponiendo los *dramatis personae* de la representación novelesca, colocando una palabra detrás de otra palabra, colocando un escrito después de otro escrito ya terminado, introduciendo entre él y yo, a modo de mediación, a modo de cauce y vínculo, a modo de espacio distanciador e irónico, todo un universo literario, mítico, novelesco, en el cual conseguía él objetivarse y expresarse, venciendo, a través del recurso de la creación la fatalidad misma del tiempo y de la muerte? Gracias a ese recurso yo, más tardío y póstumo, podría emprender un trato pasional con un ser vivo que, merced a su propia obra, había podido quedarse con nosotros.

El contacto con un escritor ya fallecido, a través de su obra publicada en vida, o a través de la obra exhumada después de muerto—la correspondencia, los diarios íntimos, todo ese conjunto documental con el que la crítica y la investigación organiza un verdadero banquete totémico—, sigue la línea sinuosa de una relación, pasa-

jera o duradera, de incontestable naturaleza pasional. Nada carnal o aprehensible nos queda del personaje que no sufra la mediación textual, si no es quizá el indirecto contacto de los supervivientes que le habían podido conocer (con lo que ese erotismo se tiñe de una difusa melancolía). Una acción profundamente piadosa parece entonces solicitarnos a quienes hemos trabado alguna vez ese contacto textual: la recreación, por medio de la palabra o de la pluma, de ese ser desaparecido del que nos quedan sólo huellas o indicios, legados en herencia universal como prenda de amor. La crítica, sea literaria o filosófica, esclarece entonces su función: recrear lo que un día fue creado, lo que en su día a su vez fue, quizá también, recreación. Dar vida otra vez a lo que una vez también la tuvo, a eso que todavía vive en estado de duermevela bajo el aspecto de una escritura que ha sido legada como herencia a los supervivientes. Porque una prenda de amor es toda obra artística o filosófica: sollicitación al No-me-olvides, certero modo de acceder, a través de la *memoria productiva* ajena, a una verdadera perduración. La crítica muestra su naturaleza en esa contribución práctica y material a asegurar, a través de la esperanza de propia inmortalidad, la in-

mortalidad ajena. En esto la Producción dice un sí a la vida, a pesar del fatalismo de la muerte, contra ese fatalismo.

II

Intentaré, en este texto, cinco aproximaciones sucesivas, concretadas en cinco capítulos-ensayo, a la vida y a la obra de Thomas Mann, dando absoluta prioridad a la vida interior sobre los acontecimientos exteriores (que sólo serán tratados como ilustración de aquélla) y a la *significación espiritual* de la obra. No se busque, pues, aquí, lo que está hecho: el libro de Roman Karst, *Historia de una disonancia*, cubre con creces lo que, *a priori*, podría responder a la expectativa del lector ante un libro «sobre la vida y la obra de Thomas Mann». Y el libro en cuestión se encuentra traducido al castellano. Los acontecimientos exteriores están expuestos en la cronología. En la edición del *Relato de mi vida*, a cargo de Andrés Sánchez Pascual, encontrará el lector una cronología casi exhaustiva. Dado que carece de sentido repetir lo que está ya hecho, he decidido penetrar en algunos escondites del *alma* de Thomas Mann, y del *espíritu* de su obra. Y he procurado

hacerlo desde mi *perspectiva*, personal y espiritual, que, lejos de disimular, he procurado explicitar cuanto he podido. El lector hará bien en leer, previamente a este ensayo, el libro de Karst (y, caso de conocer alemán, el libro de Mendelssohn citado en la bibliografía). Mi texto está escrito de tal manera que resonará de forma muy diferente a quien conoce o a quien ignora la vida y la obra de nuestro escritor. Pero ambos, espero, pueden encontrar acaso en él estímulo para leerlo o releerlo. Al menos ése es mi deseo y ésa es mi expectativa.